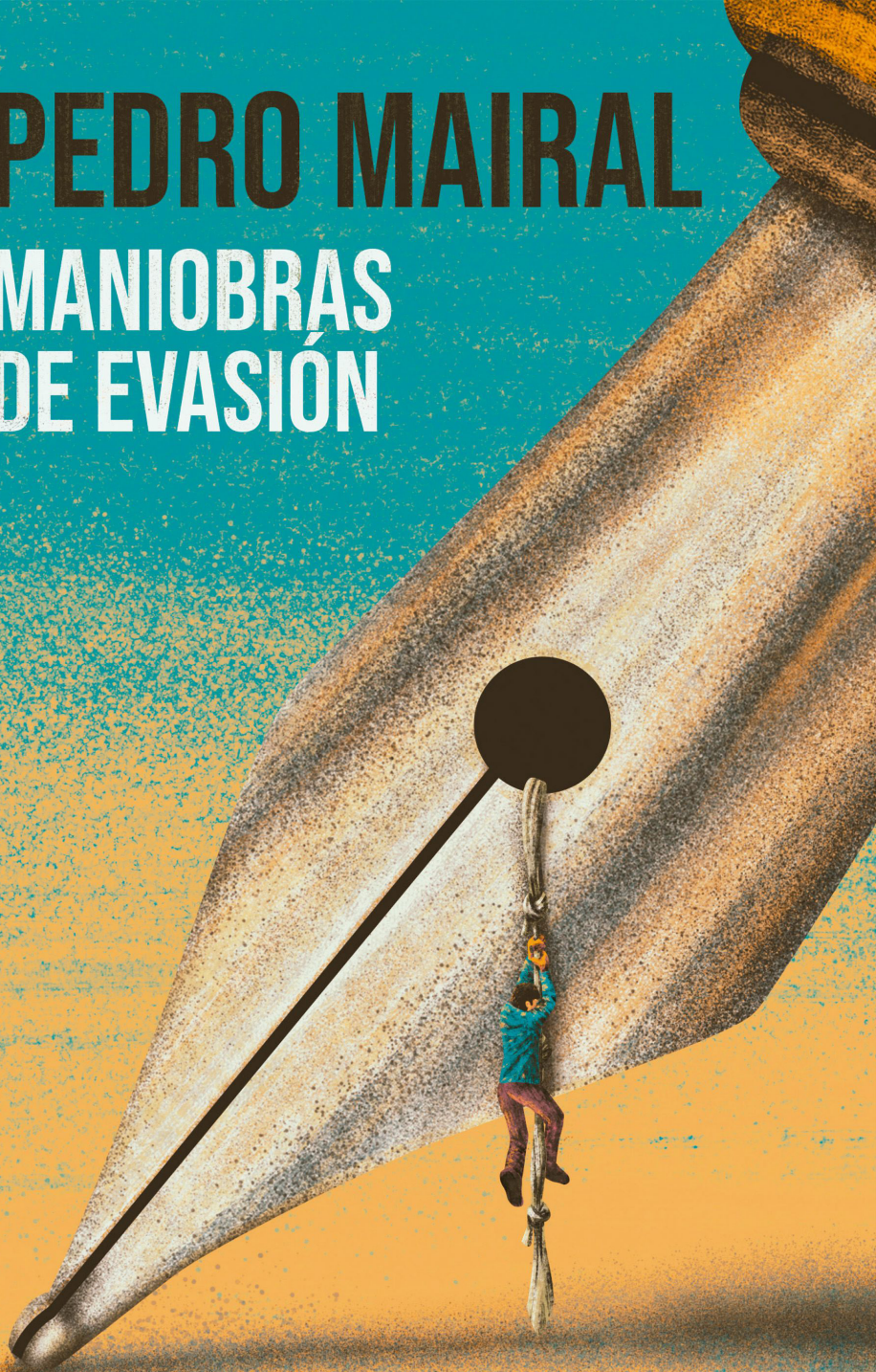


PEDRO MAIRAL

MANIOBRAS DE EVASIÓN



emecé

Pedro Mairal

Maniobras de evasión

Edición y selección de Leila Guerriero

emecé | Biblioteca Pedro Mairal

Quiero escribir pero me sale espuma

Hoy me mandaron un cuestionario de una revista cultural de esos que dicen: «¿Qué autores argentinos considera más significativos en la última década? ¿Cómo ve la relación entre literatura y mercado? ¿Qué opinión le merece la literatura argentina actual?» Me cayó encima un cansancio profundo. Creo haber contestado esas preguntas por lo menos cinco veces para otros medios o quizá incluso para la misma revista. Podría hacer «copiar y pegar» con respuestas que tengo por ahí y que figuran en internet. No sé qué quieren demostrar esas encuestas. No sé por qué acepto contestarlas. Estoy empezando a pensar que la literatura no existe más, al menos para mí, y me alegra. Desde hace casi dos años estoy escribiendo columnas y artículos para revistas y diarios argentinos, colombianos y mexicanos. Ese nuevo oficio me lleva a meterme en lugares extraños, que a veces me interesan, como el viaje en un camión de carga que me tocó hacer hace un par de meses para escribir un artículo de una revista argentina.

Escribir esos textos me saca toda las ganas de escribir otras cosas. No tengo ganas de escribir una novela. Sueño novelas, pero no me siento a escribirlas. Tampoco cuentos, salvo que me pidan algo para publicar en una antología y que justo tenga una idea en la cabeza. A veces escribo un cuento a pedido y después no lo mando, porque no me gusta cómo queda. Saco fotos, escribo guiones y estoy tomando clases de percusión; aprendo lentamente, veo el progreso ahí, algo que voy haciendo cada vez mejor aunque soy claramente un novato. Notar esos avances me entusiasma, saber que hay cosas que el cuerpo puede aprender como aprendió a nadar o a andar en bicicleta, habilidades que no se olvidan. Cada tanto saco una canción en la guitarra: hace un tiempo fue *No me arrepiento de este amor*, de Gilda, después *Jamaica farewell*, una canción que cantaba mi madre y que reencontré en un disco de Caetano Veloso. Hace poco saqué un tango viejo y también una canción mexicana que dice «si te cuentan que me vieron muy borracho, orgullosamente diles que es por ti». Las canto solo, las practico, me imagino que las canto frente a mis amigos. En general no me gustan las guitarreadas. A veces por el pozo de aire y luz del edificio suben unas zambas cantadas en coro por chicos de provincia que vienen a estudiar a la capital. Se podría decir que ese es el ruido exacto de la soja.

¿Pero qué es este escepticismo profundo con respecto a la literatura, a mi literatura digamos mejor?

¿Por qué quiero escribir pero me sale espuma? ¿Por qué tampoco escribo más poesía? Hace ya unos años entregué mi escritura al zumbido de la banda ancha. Textos cortos, respuesta inmediata, amigos, amigas, cachondeo. Los blogs me sirvieron para atomizarme, ocultarme en seudónimos, escribir como gente que no soy yo, como personas que llevo dentro, voces o quizá fuerzas verbales. Disfruté mucho de eso, de la libertad de zafar de mí mismo. Después los seudónimos se fueron revelando y arruinando, a veces porque alguien revelaba que era yo, a veces porque se notaba. Incluso por amor propio yo mismo me ocupé de confesar que era el autor de algunos textos. Llevo cinco años escribiendo en internet, trabajando no sé si para mí, o para Google o para Blogger.com. Y eso me cambió el paradigma de la comunicación de la escritura, la idea de lector, la idea de mí mismo como autor. Ahora me cuesta pensar en libros en papel, textos míos en formato libro, impresos. No tengo problemas con lo ya escrito para ese formato, pero sí me está costando pensar en nuevos libros. Estoy tratando de ver si hay un libro en todo lo que escribí estos cinco años, un libro que se llame *La novela que no estoy escribiendo*, pero no sé todavía, no sé qué es lo que mantiene unida en papel toda esa masa de textos. Sé que en los blogs se mantenía unida por la red de redes, por el blog mismo, por la banda ancha, que de alguna manera vincula, asocia y justifica los textos. Pero en papel ya es más dudoso. A los libros que se origina-

ron en blogs, cuando los abro en la librería, me parece que les falta un *switch* para encenderlos, son como blogs apagados.

Es raro: en plena crisis de fe literaria me piden que diga en qué creo. La verdad que tengo mucha fe en algunos autores de mi generación. En los libros que van a escribir o que escribieron. Fabián Casas está escribiendo, Damián Ríos va a reeditar su novela *Habrà que poner la luz*, Gabriela Bejerman sacó *Linaje*, Cucurto tiene un nuevo libro de poemas que va a editar Vox, ojalá Félix Bruzzone saque otra novela y Samantha Schweblin escriba alguna, y Santiago Llach publique su prosa, y que Luciano Lamberti saque más libros de cuentos. Creo mucho en los libros que todavía no leí.

Con respecto a mí, ¿en qué creo? Creo en seguir explorando. Creo en lo inesperado y en el silencio también y en la acumulación temporal. Y en los detalles también creo. Anoche, por ejemplo, estuve pensando en la evolución de las cubeteras de hielo. Cuando era chico, en los setenta, había unas cubeteras de aluminio, como una bandejita dentro de la cual se ponía una rejilla de metal que dividía el agua en cubitos. Pero dividía mal, quedaban pegados por abajo y por los bordes; para vaciarlas había que azotarlas con mucha fuerza sobre la mesada de mármol y volaban pedazos amorfos de hielo por todas partes. Después, en los ochenta, aparecieron las cubeteras de plástico de hielos con forma de pirámide

trunca, los clásicos cubitos. Pero eran de un plástico rígido que se rompía cuando uno trataba de hacer un poco de torsión para que se soltaran los hielos y quedaban rotas por la mitad en grupos de cuatro cubitos que de nuevo había que azotar contra la mesada. A finales de los ochenta aparecieron unas de goma marrón con forma de rolito, hacían unos hielos cilíndricos con un hueco en medio, pero el eje o apéndice de goma que provocaba ese hueco se adhería al hielo como un perro abotonado, no había forma de sacarlo; golpear la cubetera no solucionaba nada, había que forcejear tironeando los hielos de un modo cruel. En los noventa, con las heladeras importadas aparecieron unas con forma de huevera, que hacían unos hielos como una media esfera, muy poco satisfactorios, porque quedaban chiquitos aunque es cierto que eran fáciles de sacar. Y ahora hay unas cubeteras de silicona muy bien hechas con cualquier forma que uno quiera, forma de tetris, de letras, de hexágonos, de estrellas, una evolución del diseño industrial, el concepto de «funny», la vida nocturna, etc. Hace un tiempo, en un raptó romántico, le regalé a una chica una cubetera fucsia con forma de corazoncitos. Justo ese día nos peleamos y a la semana me mandó una foto de los cubitos que decía «ahora entiendo, tenés el corazón de hielo, hijo de puta».

Leído en el ciclo Manifiesto,
Buenos Aires, 2009.

La novela que no estoy escribiendo

La novela que no estoy escribiendo estos últimos meses es una sucesión de imágenes de la periferia de los congresos literarios, la espalda de las charlas de las ferias del libro, eso que pasa en las combis y en los aviones que llevan y traen a los autores, lo que se ve en los aeropuertos, o en la televisión del hotel, o en las escapadas exploratorias entre dos mesas redondas por las calles nuevas.

Publicado en el blog *El Señor de Abajo*,
27 de octubre de 2008.

La importancia del deporte

Siempre tuve un desfase entre mi cuerpo y mi edad. La gente que no me conoce me da cinco años menos. Ahora ya no me molesta, incluso me alegra, porque veo a mis amigos quedándose peludos, echando panza y canas, mientras yo sigo como Dorian Gray, escondiendo un cuadro que envejece por mí.

Crecí con ese desfase. Siempre me sentí chiquito, más flaco, más petiso que los demás, menos peludo, menos hombre. Era el segundo de la fila; el primer puesto lo tenía un amigo que en ese tiempo todavía no era un coordinador de varias ONG a lo ancho del planeta, sino uno de los pocos tipos a quienes yo no tenía que mirar hacia arriba para hablarle.

Estábamos siempre ahí adelante, mientras se izaba la bandera, en el patio, en esas filas que nos ponían tan en evidencia todas las mañanas. ¿De dónde habrá salido esa costumbre de poner a los chicos en fila por orden de estatura? ¿Era para que quedáramos prolijos? ¿Cómo no se daban cuenta de que

era como ponernos por orden de peso, del más flaco al más gordo, o por orden cromático, del más rubio al más morocho, del albino al africano, pasando por todas la gamas? Nadie lo veía mal. Era lo más natural del mundo. Los más petisos íbamos adelante, primeros. Los más altos atrás. Y no se discutía.

Debe ser una cosa militar, medio obsesiva con la prolijidad. Una especie de orden primitivo. Como ordenar los libros en la biblioteca por color. Pero a mí me parecía ideado para humillar a los más bajos. Quizá sería para vernos mejor desde el frente y controlarnos. Yo me vengaba mentalmente ordenando en mi cabeza a los profesores por orden de estatura. El director, el licenciado Chiampiti, era el más bajo. Me imaginaba a todo el secundario en fila mezclado con los profesores por orden de estatura y a Chiampiti casi con nosotros, delante de todo, y enseguida la profesora de Química, y después el de Matemáticas, al que le decíamos «el Pollo». No servía para nada ser el primero de la fila, no ofrecía ningún beneficio.

Es difícil idear formas del orden todavía más humillantes para escolares: quizá ordenarlos por coeficiente intelectual, por ejemplo, o del más rico al más pobre. A eso no se animaron. Ahora que lo pienso, como todo sistema efectivo, el orden de estatura se establecía casi solo. Me suena mucho la frase «señores, se ubican acá en una sola fila por orden de estatura», me parece haberla oído varias veces. Pero creo

que ya lo hacíamos automáticamente: los más altos iban empujando hacia delante a los más bajos; en los casos de altura empatada, se ponían espalda con espalda y un tercero arbitraba.

Me acuerdo de llegar después de cada verano al primer día de clase y tener la esperanza de estar más alto, la sensación de que había pasado tiempo y que quizá había crecido en esos tres meses; y toparme en el patio con unos tipos medio irreconocibles, mis amigos deformados por las hormonas, con la voz cambiada, huesudos, altos, muy altos, con una seguridad y una fuerza que a mí no me habían sido dadas. Creo que por eso me obsesionaba la serie de televisión *El increíble Hulk*, la veía todas las tardes y soñaba con ser Bill Bixby que le advertía «No soy yo cuando me disgusto» a la gente que lo ponía nervioso; soñaba con pegar el estirón ahí delante de todos en medio de la clase, romper la camisa, los pantalones, con músculos, con mucha fuerza, hacerme hombre de golpe, asustando a todos, inquietando a las chicas, y salir corriendo del colegio ya como el fisicoculturista Lou Ferrigno, gruñendo, en cuero, descalzo, pero sin estar pintado de verde.

Siempre tuve que conformarme con este crecimiento imperceptible, esta especie de invariabilidad. Y la altura no fue lo peor. Lo peor fueron los pelos, la ausencia de pelos, los años de lampiño. Esas comparaciones de vestuario, esa preocupación. Mirar a los otros y mirarme. Y preguntarme cuán-

do, cuándo me iba a tocar a mí, cuándo sería mi turno de ir caminando hacia las duchas desnudo y con aplomo, usando la toalla no para taparme como una nena, sino para ir pegándole latigazos en el culo a los distraídos, desfilando mi pelambre, mi sombra de mamífero sexual. Yo me cambiaba apurado, medio sentado, ocultando mi lampiñismo. Cuando volvíamos de un partido, me mojaba la cabeza en los lavamanos para que los profesores creyeran que me había bañado y me ponía los pantalones con las costras de barro en las rodillas. No iba a las duchas, me volvía a casa mugriento pero invicto de las burlas.

Todo era un poco así en el colegio. Cuatro divisiones con veinticinco alumnos cada una. Cien chicos y chicas por año. Quinientos en todo el secundario. Era solo cuestión de pasar inadvertido. Me hice campeón en eso. Era como el juego del quemado, donde un tipo se paraba en el medio de la cancha de básquet y empezaba a desnucar a los otros a pelotazos, y los desnucados pasaban a su bando y se dedicaban a desnucar a más y más gente. Yo me perdía en el tumulto, me hacía invisible. Camus decía que el fútbol le había enseñado todo lo que necesitó aprender en la vida. A mí me pasó lo mismo con el quemado. Por ahora vengo zafando. Aunque sé que el pelotazo final algún día me lo van a dar. Soy el último desesperado corriendo en pantalones cortos, en invierno, sabiendo que la pelota de básquet lanzada con saña por esos compañeros sedientos de

sangre va a llegar y va a doler como trompada contra la espalda, contra la cara, contra el muslo congelado.

Incluso yo jugaba al rugby así, inadvertido. En el primer día de rugby, a los ocho o nueve años, la pelota voló por el aire y se me ocurrió atajarla. Un batallón de hiperactivos con botines de tapones de aluminio se me vino al humo; me chocaron y me aplastaron en el piso. A partir de ese momento, para mí, la regla número uno del rugby pasó a ser: «Manténgase lo más lejos posible de la pelota». El secreto entonces era simular que hacía el esfuerzo, que la buscaba, que me metía. Era una actuación muy fina: todos jugaban al rugby, pero yo en cambio actuaba que jugaba. Era más difícil. En cierta forma tenía más mérito. Era una simulación, pero no había que sobreactuar porque se podían dar cuenta. Había que encontrar un equilibrio, meterse pero llegar justo tarde, cuando la pelota ya estaba saliendo de la pila de gente. Arrojar sobre la montonera pero cuando ya no había muchos más jugadores para que te cayeran encima. Estar muy atento, anticipando la jugada para correr hacia el otro costado, como esperando un pase que no se daba pero que se podría haber dado. Tenía que adivinar lo que podría haber sido pero no era, moverme en esa orilla. Era un juego secreto, de supervivencia, que yo jugaba dentro del gran juego. Igual que ahora, supongo, en este juego enorme de la adultez practico este otro juego paralelo, casi invisible, de la literatura, si-

mulando que trabajo, simulando que sí, que soy un hombre con currículum que paga impuestos, pero soy torpe y no me creo nada y sé que están a punto de aplastarme y anticipo, esquivo, hago como que corro con todos, pero siempre me siento al margen, soñando otra cosa, nunca me creo la vida, ese juego tan raro que practican los demás.

Leído en el ciclo Confesionario organizado por el Centro Cultural Ricardo Rojas, Buenos Aires, 2008.